

Del modo de producción germánico al modo de producción campesino. Nuevos enfoques materialistas para la Primera Alta Edad Media peninsular: propuestas desde la arqueología

From the Germanic mode of production to the peasant mode of production. New materialist approaches to the peninsular Early Middle Ages: suggestions from Archaeology

Carlos Tejerizo-García

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Resumen

La Alta Edad Media ha sido, en líneas generales, un período poco abordado desde el punto de vista del materialismo histórico. Desde las perspectivas más evolucionistas, este momento histórico no encajaba dentro de las narrativas convencionales, por lo que se utilizaron categorías *ad hoc* como la de «modo de producción germánico». Sin embargo, a medida que las investigaciones sobre este período fueron aumentando, esta categoría se mostró cada vez como menos útil. A través de algunos ejemplos provenientes del registro arqueológico, el presente trabajo tiene el objetivo de reflexionar sobre la capacidad teórica y analítica del materialismo histórico para abordar un complejo período cuyas resonancias llegan hasta la actualidad.

Palabras clave: materialismo histórico; Primera Alta Edad Media; modo de producción; sociedades campesinas; Estado.

Abstract

The Early Middle Ages has been, in general terms, a period hardly approached from the point of view of historical materialism. From an evolutionary perspective, this historic period did not fit within the conventional narratives, so ad hoc categories –such as the «Germanic mode of production»– were used instead. However, as research on this period increased, this category became less and less useful. Through some examples from the archaeological record, this paper aims to reflect on the theoretical and analytical capacity of historical materialism to delve into a complex historical period whose repercussions reach to the present.

Keywords: historical materialism; Early Middle Ages; Mode of production; peasant societies; State.

Introducción: el «olvido» marxista de la Primera Alta Edad Media*

El período histórico comprendido entre el final del Imperio Romano en Occidente y la progresiva implantación de las relaciones de producción feudales —período al que a partir de ahora denominaré como Primera Alta Edad Media^[1]— no ha tenido especial predicamento entre la historiografía marxista. Se trata de un fenómeno más o menos extensible a la Edad Media en su conjunto pero que ha impactado especialmente en este período. Si bien, como veremos, en el contexto de los debates marxistas sobre las «transiciones», algunos historiadores como Perry Anderson, E. A. Thompson o Domingo Plácido reflexionaron sobre el paso del mundo antiguo al feudal desde la conceptualización del materialismo histórico, podemos considerar que este momento histórico fue «olvidado» por la tradición marxista. Como excepción, y escrito precisamente como una reacción a este olvido, se encuentra el monumental trabajo de C. Wickham *Framing the Early Middle Ages* (2005), que permitió una reconsideración materialista del debate sobre el fin del Imperio Romano en el Occidente europeo. Sin embargo, y a pesar de que han pasado casi década y media desde ese trabajo, podemos

afirmar que la Primera Alta Edad Media sigue siendo un terreno muy poco transitado y debatido desde posicionamientos abiertamente marxistas.

La falta de un debate estructurado dentro del marxismo sobre la Primera Alta Edad Media en Europa Occidental ha tenido como consecuencia un doble proceso que podemos denominar su «desontologización» y su subalternización. Por un lado, se genera un vaciamiento de unas particularidades y problemáticas históricas propias, y por otro, su dependencia con respecto a otros procesos históricos. Así, desde este punto de vista, este período ha sido reiteradamente contemplado o como epítome del mundo antiguo/clásico romano —de ahí, por ejemplo, el surgimiento del concepto de «tardoantigüedad» desde la tradición anglosajona^[2]— o como una especie de nebulosa protofeudal que tenía en su interior el germen de lo que sería el mundo de las relaciones de servidumbre posterior. En cualquiera de los dos casos, se trataba de un período que desde la óptica del materialismo histórico no cabía, o no interesaba, explorar en sí mismo, sino en dependencia de los otros. Este vacío ontológico fue llenado en ocasiones mediante categorías y etiquetas instrumentales que no hacían sino funcionar como un parche teórico para los problemas que se creían verdaderamente esenciales, como era el surgimiento del feudalismo —y, en última instancia, la emergencia del capitalismo—. Este es el caso de categorías como, por ejemplo, «modo de producción germánico», «sociedades germánicas» o «protofeudalismo». Categorías y marcos conceptuales, la mayoría provenientes del marxismo de corte más determinista —o estructuralista si se quiere—, que poco ayudaban a entender ni el período en sí mismo,

2.- El uso de este concepto se atribuye al trabajo de Peter Brown, *The world of Late Antiquity: AD 150-750*, Londres, Thames and Hudson, 1989.

*Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto «Agencia campesina y complejidad sociopolítica en el noroeste de la península ibérica en época medieval» (Ministerio de Economía, Industria y Competitividad, AEI/FEDER UE HUM2016-76094-C4-2-R), del Grupo de Investigación en Arqueología Medieval, Patrimonialización y Paisajes Culturales / ErdiArokoArkeologia, Ondaregintza eta KulturPaisaiakIkerketaTaldea (Gobierno Vasco, IT1193-19) y del Grupo de Estudios Rurales (Unidad Asociada UPV/EHU-CSIC).

1.- Esta denominación sigue las propuestas de la historiografía francesa; cf. Anne Nissen-Jaubert «Le haut Moyen Âge», en Alain Ferdière, François Malrain, Véronique Matteredne, Patrice Méniel y Anne Nissen-Jaubert (eds.), *Histoire de l'agriculture en Gaule*, Paris, Éditions errance, 2006, pp. 141-197.

ni el proceso de transición hacia el modo de producción feudal que estas categorías trataban de explicar.

Sin embargo, una lectura atenta de este período nos permite entender su relevancia tanto en términos historiográficos como en términos ideológicos no solo como momento histórico en sí, sino también en su relevancia para la constitución de los marcos políticos y económicos actuales. Así, es en esta Primera Alta Edad Media cuando, por ejemplo, surgen los primeros Estados que posteriormente conformarán la geopolítica euroasiática o, también, cuando el cristianismo se impuso como la religión/ideología principal de prácticamente todo el territorio europeo. Más aún, es en este período en el que no pocos movimientos del nacional-populismo actual construyen sus identidades e idearios políticos^[3]. Un fenómeno que, por cierto, tiene un largo recorrido histórico. No hay que olvidar que la ideología franquista, en la creación de una narrativa histórica legitimadora, tuvo en el reino visigodo y en la Reconquista dos baluartes históricos para la justificación tanto del centralismo político de la Dictadura como de la Guerra Civil en tanto que Cruzada^[4]. Pero el interés de este período no se agota solo en cuestiones puramente historiográficas. Igualmente, la Primera Alta Edad Media, desde una atenta mirada crítica y materialista, se presenta como un laboratorio histórico de primer orden para entender fenómenos de gran actualidad como las migraciones, la emergencia y extensión del campesinado en Europa Occidental o la

despoblación de la «España vaciada». En última instancia, y en términos teóricos, este período nos permite poner a prueba conceptos fundamentales dentro del materialismo histórico como son, por ejemplo, los modos de producción o la teoría del Estado.

Si bien desde el materialismo histórico podemos afirmar que este período ha sido «olvidado», desde una perspectiva más general, y paradójicamente, se trata de un período que ha vivido una auténtica renovación historiográfica en las últimas dos décadas. A ello han contribuido no sólo los esfuerzos particulares de investigaciones y equipos de gran prestigio, sino especialmente el desarrollo de la arqueología como metodología para el análisis de las sociedades de la Primera Alta Edad Media, especialmente para reivindicar la figura del campesinado. Así, en las últimas dos décadas, y asociado al desarrollo del sector inmobiliario en grandes partes de Europa occidental, se han excavado miles de contextos de este período que, junto con un desarrollo teórico y metodológico, han supuesto una auténtica revolución en el análisis de la Primera Alta Edad Media. Es por ello, y por mi propia experiencia académica, que aquí nos centraremos en las aportaciones provenientes de la arqueología como uno de los principales factores de renovación de la historiografía medieval.

El objetivo de este trabajo es hacer algunas reflexiones en torno a la reconsideración de la Primera Alta Edad Media desde un punto de vista materialista. Para ello me centraré en algunos ejemplos provenientes de la península ibérica, si bien en muchos casos podrían extenderse más allá de las fronteras peninsulares. El trabajo se dividirá en tres partes. En primer lugar, desarrollaré la idea del «olvido» de la Primera Alta Edad Media por parte de la historiografía marxista a través de una crítica a la categoría de «modo de producción germánico» y sus de-

3.- Para una síntesis general de estos temas ver Chris Wickham, *The inheritance of Rome: a History of Europe from 400 to 1000*, Londres, Penguin, 2009.

4.- Carlos Tejerizo García, «Arqueología y nacionalismo en (el) movimiento: apuntes sobre la arqueología de época visigoda durante el segundo Franquismo». *Arqueoweb: revista sobre Arqueología en Internet* 17, (2016), pp. 144-162.

rivados, como «sociedades germánicas». En segundo lugar, desarrollaré algunos temas que permiten entrever las complejidades del período así como la potencialidad del uso de categorías provenientes del materialismo histórico para su comprensión. En este sentido, se desarrollarán brevemente los temas del fin del Imperio Romano, la emergencia de las sociedades campesinas altomedievales y la cuestión del Estado post-romano. Finalmente, se apuntarán algunas conclusiones en torno a la relación de la Primera Alta Edad Media, la teoría marxista y su validez actual.

El modo de producción germánico: una solución de compromiso

Dentro del esquema evolutivo de los modos de producción tan recurrido en ciertas corrientes del materialismo histórico, el período entre el fin del Imperio Romano en occidente y la implantación del feudalismo, o lo que es lo mismo, el paso entre una lógica económica basada en el esclavismo y otra basada en las relaciones económicas personales y de vasallaje, quedaba en un problemático limbo conceptual. Un limbo que pocas veces se confrontó de forma explícita, salvo en el contexto de los debates sobre las transiciones que, desde los años 50, fue una constante del debate histórico marxista, si bien este se centró fundamentalmente en la cuestión de la transición del feudalismo al capitalismo^[5]. La resolución de este problema desde las coordenadas evolutivas marxistas se realizó desde dos marcos distintos: o bien se implantaría un modo de producción transitorio o, directamente, no existía tal solución de continuidad y se pasaba directamente del uno al otro en un proceso de larga duración histórica.

5.- Articulado sobre todo en torno al libro *The transition from Feudalism to Capitalism*, Londres, Verso Edition, 1978; y al denominado «debate Brenner» de finales de los años 70.

Estas dos soluciones al problema no eran excluyentes entre sí, tal y como plantearon en su momento A. Barbero y M. Vigil en sus conocidos trabajos conjuntos, tanto *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista* (1974) como *El feudalismo en la Península Ibérica* (1978). Estas propuestas de los dos clásicos autores nos servirán para ejemplificar conceptualmente estas dos tendencias. En estos trabajos, los autores planteaban que el paso del modo de producción antiguo al modo de producción feudal en la península ibérica tuvo desarrollos distintos según el tipo de sociedad en el que se producía esta transición y su estructuración social previa. Así, en aquellos territorios peninsulares en los que se había producido una mayor implantación del Imperio Romano, «el peso de la producción se iba desplazando del trabajo esclavo en el sentido estricto hacia un campesinado dependiente instalado en los grandes latifundios»^[6]; el antiguo sistema de patrocinio (*patrocinium*) dio paso progresivamente —y a golpe de legislación y legitimación socio-política— al sistema de dominio (*dominium*). Es por esta razón que los autores afirmarían la presencia de un feudalismo, si bien incompleto, ya durante el período visigodo. Por su parte, en los territorios del norte peninsular, allí donde el poder romano —y, por consiguiente, las relaciones esclavistas y de patrocinio— no se habían implantado, este proceso se produciría a partir de la desintegración de las relaciones de parentesco, que caracterizarían a estas sociedades gentilicias.

Esta segunda solución al problema del paso de las sociedades antiguas a las feudales ha sido especialmente exitosa entre los historiadores del período, y comúnmente asociado a la presencia de un «modo de producción germánico» que llenaba el hueco

6.- Abilio Barbero, y Marcelo Vigil, *El feudalismo en la península Ibérica*, Barcelona, RBA coleccionables, 2006, p.21.

entre unas y otras. El modo de producción germánico fue definido originalmente por Marx dentro de los *Grundrisse* (1857-1858), si bien su desarrollo conceptual se debe a Engels, cuya formulación más acabada se encontraría en pasajes bien conocidos de *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (1884)^[7]. Este modo de producción se caracterizaría principalmente —y *grosso modo*— por el carácter colectivo de las relaciones sociales de producción —esto, es, la propiedad colectiva de los medios de producción— y la estructuración social a través de sociedades gentilicias de campesinos libres (*Gemeinfreie*) cuyas decisiones se tomarían en asambleas colectivas en las que, en su caso, podría existir la figura de un jefe tribal. Una caracterización sintética la podemos encontrar en el libro de P. Anderson *Transiciones de la antigüedad al feudalismo* (1974), en el que afirma, retomando la caracterización que de estas sociedades haría E.A. Thompson en su trabajo *The early Germans* (1965):

«Entre ellos imperaba un modo de producción primitivo y comunal. La propiedad privada de la tierra era desconocida y todos los años los jefes de las tribus decidían qué parte del suelo común habría de ser arada y asignaban las diversas porciones a los clanes respectivos, que cultivaban y se apropiaban los campos de forma colectiva. Las redistribuciones periódicas impedían grandes diferencias de riqueza entre clanes y familias, aunque los rebaños eran propiedad privada, y constituían la riqueza de los principales guerreros de las tribus»^[8].

Este modo de producción, en tanto que tipo ideal, se gestó originalmente para ex-

7.- Ver, sobre todo, el capítulo 8 del libro titulado: «La formación del Estado de los germanos».

8.- Perry Anderson, *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1997. p.105.

plicar el desarrollo social —siempre desde el esquema evolutivo engelsiano— de aquellas sociedades más allá de las fronteras del Imperio Romano. De hecho, dentro del esquema desarrollado en *El origen de la familia...* sería precisamente el contacto con el Estado romano y la progresiva incorporación de la propiedad privada de la tierra la que llevaría a este modo de producción a entrar en contradicción, transformarse y desaparecer definitivamente. Un proceso de «síntesis» que sería luego retomado por otros autores. De nuevo, P. Anderson lo describe del siguiente modo: «La larga simbiosis de las formaciones sociales romana y germánica en las regiones fronterizas había colmado gradualmente el abismo que existía entre ambas, aunque todavía subsistiera en muchos aspectos importantes. De la colisión y fusión de ambas en su cataclismo final habría de surgir, en último término, el feudalismo»^[9].

Este esquema es el que, en gran medida, prevaleció en la historiografía marxista para explicar el período entre la caída del Imperio Romano y la implantación de las relaciones feudales de producción. Si bien la categoría de «modo de producción germánico» no tuvo mucho éxito en tanto que denominación específica en la historiografía peninsular, el uso de otras similares como «sociedades germánicas», «sociedades gentilicias» o «relaciones de parentesco» venían a cubrir el mismo proceso histórico^[10]. Proceso cuya síntesis vendría a ser que, una vez desaparecido el Estado romano, sustentado en el modo de producción esclavista, y la introducción en Europa occidental en general y la península ibérica en particular de «inmigrantes» germánicos,

9.- *Ibid.*, p.109.

10.- Ver, por ejemplo, los trabajos de C. Estepa y de D. Plácido en el volumen editado por ambos sobre *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, 1998, editado por la Fundación de Investigaciones Marxistas.

estos impondrían unas relaciones de producción basadas en la propiedad colectiva y las relaciones de parentesco, formalizadas institucionalmente en el Estado visigodo. La desarticulación de estas lógicas productivas serían las que, por una vía u otra, darían lugar al feudalismo.

Como ya se comentaba, esta categorización del período presentaba enormes problemas tanto conceptuales como metodológicos, lo que explica en gran medida que desde el marxismo no se prestara mucha atención al mismo. Entre estos problemas quizá el más evidente es la cuestión del determinismo y de la teleología, crítica común a las posturas más específicamente estructuralistas del materialismo histórico^[11]. Visto como un proceso lineal cuyo fin era el surgimiento «inevitable» de las relaciones de poder feudales, en muchas ocasiones estas relaciones determinaban su propia génesis. Así, cualquier elemento desde el que se pudiera advertir la presencia de elementos feudalizantes, tales como la adscripción de los productores a la tierra o la constatación de relaciones personales, eran señalados como evidencias de este momento de transición de tipo germánico. Del mismo modo, ciertas lecturas de las revueltas bagáudicas que caracterizaron la quinta centuria en la península ibérica se hacían desde el punto de vista de las contradicciones del sistema antiguo en su conversión al modo de producción feudal^[12]. Un ejemplo más de profecía autocumplida; profecías muy característica de las visiones más deterministas del materialismo histórico.

Un segundo problema derivado de esta conceptualización fue la generación de

11.- Gerald A. Cohen, *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1986.

12.- Aunque con matices, esta sería la visión que se desprendería de este fenómeno en *El feudalismo...* de A. Barbero y M. Vigil.

falsos problemas como el de las síntesis culturales^[13]. Esto es algo que caracterizó tanto al materialismo histórico como a otras corrientes de análisis histórico, y que interpretaban este período en términos de contraposiciones entre una cultura romana y una cultura germánica. En su vertiente más idealista, este debate se dirimía en discusiones de corte etnicista, y en último término idealistas, en el que el mayor o menor peso de una de estas culturas determinaría la interpretación histórica^[14]. Dentro del marxismo, la discusión se centró en los procesos de síntesis entre un modo de producción antiguo y de un modo de producción germánico que darían lugar a diferentes versiones de un modo de producción feudal.

Finalmente, un tercer problema con esta forma de conceptualizar la Primera Alta Edad Media está relacionada con los problemas empíricos. Básicamente, desde las coordenadas del materialismo histórico de corte evolutivo, los datos no encajaban bien con el modelo teórico. Esto es especialmente visible en el registro arqueológico. La ausencia de un corpus de documentos significativo para abordar el período hizo recaer lentamente el peso en el creciente volumen de datos provenientes de la Arqueología. Así, la exhumación de numerosos cementerios con ricos ajuares, la excavación de suntuosos ámbitos urbanos como los de Mérida, Recópolis (Zorita de los Canes, Guadalajara) o Barcelona, o la aparición en el registro de un número cada vez mayor de asentamientos rurales estables generaba incompatibilidades cada vez más insalva-

13.- Cf. especialmente Carlos Estepa. «Las transformaciones sociales en la periferia del mundo romano: ¿una nueva formación del Feudalismo?», en Carlos Estepa y Domingo Plácido (eds.), *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*. Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1998, pp. 69-82.

14.- Por ejemplo Peter Heather, *Empires and barbarians*, Londres, Macmillan, 2009.

bles entre el registro empírico y los marcos teóricos del materialismo histórico.

Estos factores conceptuales, sumados a otros de tipo historiográfico, como es el descenso en la popularidad del marxismo a partir de los años 80 como marco teórico, explican que este período no haya recibido mucha atención. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que no haya habido propuestas e interpretaciones de corte materialista sobre este período en las últimas tres décadas. Como propone C. Wickham, una de las peculiaridades del marxismo es que, si bien es un marco teórico utilizado de forma muy extensa, este no se hace explícito^[15]. Lo que no ha existido en este tiempo son propuestas teóricas de interpretación de este período en una explícita adhesión a los presupuestos teóricos, metodológicos y políticos del materialismo histórico. De nuevo, habría que mencionar algunas excepciones, como es el ya mencionado *Framing...* de C. Wickham o *The state and the tributary mode of production* de J. Haldon (1993), por poner algunos ejemplos sobresalientes en este sentido. Es precisamente en este tipo de corriente historiográfica y en estas contribuciones en las que nos apoyaremos para hacer algunas consideraciones sobre las posibilidades de aplicación del marco conceptual del marxismo para la Primera Alta Edad Media a partir de algunos ejemplos provenientes de la arqueología altomedieval en la península ibérica.

Más allá de la transición: problematizar la Primera Alta Edad Media. Propuestas desde la arqueología

Escribía I. Martín Viso en una reciente síntesis sobre el poblamiento rural de época medieval en Europa que:

15.- Chris Wickham, «Aproximaciones marxistas a la Edad Media, algunas cuestiones y ejemplos», *Nuestra Historia* 6, (2018), pp. 91-107.

«El estudio de los paisajes y asentamientos rurales en la Edad Media puede entenderse como un estudio de la sociedad a partir de una evidencia concreta, material, pero también inmaterial, pues determinados valores culturales se insertan en esa evidencia. De todas formas, el papel del registro material es fundamental en este tipo de análisis. La consecuencia es que la arqueología se convierte en una fuente básica, frente al tradicional desdén con el que se la ha tratado desde el medievalismo»^[16].

El desarrollo en Europa occidental de las leyes relativas a la gestión del patrimonio y el surgimiento de una rama específica de la arqueología cuyo objetivo era precisamente esta gestión tuvo la repercusión, inesperada, de renovar por completo la historiografía altomedieval. Este proceso ha sido bautizado como un «giro arqueológico» por autores como J. Escalona o como una «revolución silenciosa» por otros como J.A. Quirós y B. Bengoetxea^[17]. Quizá este último sea más adecuado, dado que implica un carácter silencioso, casi desconocido, para aquellos que no se encontraban en el núcleo académico de estudios arqueológicos altomedievales. De hecho, todavía sigue siendo muy complicado establecer diálogos entre los propios académicos dedicados al estudio de la Primera Alta Edad Media desde los documentos y desde la arqueología, debido a muchos factores de orden historiográfico y conceptual^[18]. Sin embargo, el desarrollo de esta arqueología de la Prime-

16.- Iñaki Martín Viso, *Asentamientos y paisajes rurales en el occidente medieval*, Madrid, Editorial Síntesis, 2016. p.11.

17.- Julio Escalona Monge, «The early Castilian peasantry: an archaeological turn?». *Journal of Medieval Iberian Studies*, 1 2, (2009), pp. 119-145.; Juan Antonio Quirós Castillo, y Belén Bengoetxea Rementería, *Arqueología III. Arqueología Postclásica*, Madrid, UNED, 2010.

18.- Miquel Barceló. «Prólogo», en Miquel Barceló (ed.), *Arqueología medieval en las afueras del «medievalismo»*. Barcelona, Crítica, 1988, pp. 9-17.

ra Alta Edad Media es ya una realidad, y ha modificado por completo la manera en la que nos aproximamos a este período^[19].

En este apartado exploraremos de forma breve algunos temas que nos permitirán entender el alcance de estas nuevas aproximaciones desde la arqueología así como las potencialidades del materialismo histórico para interpretar el período, con la pretensión de alejarnos de miradas evolutivas y deterministas. Estos temas serán la cuestión del fin del Imperio Romano a través de las villas tardoimperiales, el surgimiento de las nuevas sociedades campesinas post-romanas y la cuestión del Estado.

El fin del Imperio Romano y la cuestión de las villas tardoimperiales

El Imperio Romano puede considerarse como uno de los mayores imperios de la historia europea, no tanto por su extensión geográfica —los imperios británico, español o mongol fueron mucho más extensos territorialmente hablando— sino por su longevidad y su efectividad. Además, es el único, como nos recuerda C. Wickham, que llegó a dominar todas las costas del Mediterráneo, estableciendo uno de los imperios comerciales pre-modernos mejor estructurados^[20]. Se trataría uno de los ejemplos más acabados de lo que I. Wallerstein conceptualizó como «imperio-mundo», es decir, unidades políticas y económicas de gran extensión con un territorio definido y controlado en el que se genera una distribución geográfica de las tareas, dividiendo el territorio entre centros, periferias y semi-periferias

políticas y económicas^[21]. Centros políticos y económicos que, en el Imperio Romano, incluirían la ciudad de Roma, el norte africano o Asia Menor, periferias como las islas británicas o semi-periferias como grandes zonas del interior de la península ibérica. Un imperio-mundo que fue capaz de mantenerse, como una unidad, hasta el siglo V d.n.e. y, en tanto que imperio bizantino en su parte oriental, hasta el siglo XV d.n.e.

El fin de este imperio-mundo en Europa occidental ha sido un objeto central de las discusiones desde que la Historia se constituyó como ciencia durante los siglos XVIII y XIX. Al calor del auge de los nacionalismos centroeuropeos y de la búsqueda de una historia patriótica para los nuevos Estados-nación, el fin del Imperio Romano se convirtió en un tema de estudio muy popular, sobre todo tras la magna obra de E. Gibbon, *The decline and fall of the Roman Empire* (1776). Desde entonces, son ininidad las obras que han abordado este problema histórico, fundamentalmente desde dos ópticas principales, tal y como definió el historiador británico B. Ward-Perkins^[22]. Por un lado, una visión «continuista» que subrayaría los aspectos de continuidad del Imperio Romano en los posteriores Estados germánicos, herederos políticos, económicos y sociales del mundo romano. Por otro lado, una visión «rupturista» que vería en las llamadas «invasiones germánicas» un punto de no retorno con respecto al pasado romano, del que no quedarían más que algunos restos simbólicos en la forma de rituales o leyes de limitada efectividad en el nuevo mundo post-romano.

19.- Alfonso Vigil-Escalera Guirado, «Los últimos 30 años de la arqueología de época visigoda y altomedieval», en Juan Antonio Quirós Castillo (ed.), *Treinta años de Arqueología Medieval en España*. Oxford, Archaeopress, 2018, pp. 271-294.

20.- C. Wickham, *The inheritance of Rome*.

21.- Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1979.

22.- Bryan Ward-Perkins, «Continuists, catastrophists and the towns in northern Italy». *Papers of the British School at Rome* 65, (1997), pp. 157-176.

En la actualidad existe un cierto consenso en la necesidad de aunar las principales aportaciones de estas dos corrientes, precisamente en aras de darle una entidad ontológica propia a este período, y no tanto en dependencia del mundo inmediatamente anterior o al inmediatamente posterior. Más aún, y como ha subrayado C. Wickham, dos aspectos deben ser tenidos en cuenta a la hora de abordar esta problemática: en primer lugar, los diferentes procesos de territorialización que caracterizan al mundo post-romano; en segundo lugar, que el proceso de desintegración del Imperio Romano no debe entenderse como un proceso predecible e inevitable^[23]. De hecho, y como ha afirmado el historiador británico, ninguna persona del año 400 podría haber previsto los acontecimientos que sucederían. Así, en los términos conceptuales desarrollados por Bob Jessop, tratando de superar el determinismo causal, habría que analizar la «necesidad contingente» de la desintegración del Imperio Romano^[24], esto es, partir de la imposibilidad de determinar tanto la forma en el que la multiplicidad de cadenas causales que condicionan cada coyuntura se combinan e interactúan, como los resultados que resultarán de estas combinaciones e interacciones. El Imperio Romano no estaba destinado a caer —una visión idealista—, sino que la conjunción de una serie de factores materiales internos a su lógica económica, que pueden ser potencialmente analizados, terminó por causar su desintegración.

Un elemento de gran interés que nos permite analizar de forma compleja este proceso de desarticulación del Imperio Romano en términos materialistas es el final de la villa tardoimperial. Uno de los prin-

cipales elementos de la economía imperial romana desde sus inicios fue la estrecha articulación campo-ciudad que permitió la redistribución de la producción agraria. Un tipo de producción que, lentamente, generó una concentración de propiedades por parte de las élites que durante el siglo IV d.n.e. se retroalimentó por el declive de la ciudad como centro económico. El proceso en términos prácticos es sencillo: en vez de invertir el surplus en la ciudad, se preferían mantener y expandir las residencias rurales. Un proceso impulsado además por el centro político del imperio y que generó importantes cuotas de corrupción y especulación^[25] pero también una creciente desigualdad social con las consiguientes tensiones sociales, que tuvieron en el campo uno de sus escenarios más significativos, como ocurre, por ejemplo, con las revueltas bagaúdicas^[26]. Es este proceso de concentración de propiedades el que permitiría sustentar económica, social, política y simbólicamente la construcción de las grandes *villae* bajoimperiales, que se convertirían no solo en un centro económico sino también en las residencias de la élite económica sobre las que invertirían su capital económico a modo de representación de su poder [Imagen 1]. Villas que habría que entender, por tanto, en su dimensión económica, en tanto que grandes propiedades latifundiarías complejas, como en su dimensión simbólica, como representación de una élite que decide reinvertir sus excedentes aquí,

23.- Chris Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

24.- Bob Jessop, *State theory: putting the capitalist state in its place*, Cambridge, Polity, 1990.

25.- El edicto de precios de 301 ha sido leído como un intento del centro administrativo para acabar con la especulación sobre el precio de ciertos productos. Pablo Cruz Díaz Martínez, Clelia Martínez Maza, y Francisco Javier Sanz Huesma, *Hispania tardoantigua y visigoda*, Madrid, Istmo, 2007.

26.- Víctor M. Sanz Bonel, y Gonzalo Lázaro García. «La problemática bagauda (siglo V d.C.) en el valle del Ebro. Reflexión historiográfica» *Homenaje a Don Antonio Durán Gudiol*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1995, pp. 741-762.



[Imagen 1] Reconstrucción de la villa romana de La Olmeda (Fuente. villaromanalaolmeda.com).

probablemente en compensación por una disminución de la inversión en las ciudades.

Dentro del esquema del imperio-mundo romano y del reparto de tareas económicas que antes se ha mencionado, las dos metasetas peninsulares se convirtieron en zonas privilegiadas para la extensión de estas grandes propiedades cuya materialización más evidente fueron los grandes complejos residenciales de las villas tardoimperiales, si bien habría que incluir también todos los edificios de los dependientes y trabajadores de las villas^[27]. Así, en este territorio se encuentran algunas de las villas más significativas, como podrían ser La Olmeda (Saldaña, Palencia), Almenara de Adaja (Valladolid) o Carranque (Toledo), por mencionar algunas de las más conocidas de la historiografía peninsular.

El desarrollo de la arqueología rural en la última década nos ha permitido historiar

con un alto grado de detalle estos grandes complejos. Muchos de ellos tendrían sus orígenes en los siglos inmediatamente posteriores a la conquista romana de la península ibérica en tanto que materialización de los procesos de colonización del campo dentro de la lógica del nuevo imperio-mundo. Sin embargo, sería en el siglo IV d.n.e., como parte del proceso anteriormente mencionado de concentración de la propiedad, cuando se amplían y se convierten en los grandes edificios que los caracterizan. Sin duda, una parte de las élites sociales del momento hizo un gran esfuerzo en convertir estas estructuras en auténticos monumentos de representación social, consecuencia de su importancia social y económica.

Este entramado rural tendría un momento final que podemos datar, a partir del registro arqueológico, hacia mediados del siglo V. Un proceso de cierta larga duración que ocuparía a dos o tres generaciones y que, gracias a los mejores estudios estratigráficos realizados en villas como las mencionadas La Olmeda o Almenara de

27.- Alexandra Chavarría Arnau, «Villas en Hispania durante la Antigüedad Tardía», en A Chavarría Arnau, Javier Arce y G P Brogiolo (eds.), *Villas Tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental*. Madrid, CSIC, 2006, pp. 17-35.

Adaja o como en las villas de Horta da Torre (Fronteira, Portugal) o Vilauba (Banyoles, Girona), puede ser dividido en tres grandes etapas de transformaciones, que si bien son excesivamente lineales para la casuística concreta, son un útil marco de referencia^[28]:

Una primera fase, que se puede datar aproximadamente entre finales del siglo IV y el primer tercio del siglo V^[29] en el que se realizan importantes transformaciones en la planificación arquitectónica y funcional de las villas, con una gran importancia de las estructuras productivas, que empiezan a amortizar algunos espacios domésticos. Un caso muy particular podría ser el de la villa de Navatejera (Villaquilambre, León), donde se construyó un horno en el extremo nororiental de la villa, que amortizarían algunos espacios anteriormente residenciales.

Una segunda fase, datada en torno a mediados del siglo V, dependiendo del caso concreto, en el que la villa es finalmente abandonada. Este sería el caso, por ejemplo, de La Olmeda, donde el material cerámico documentado apuntaría a esta fecha como momento definitivo de abandono de la villa en tanto que propiedad latifundiaria.

Una última fase, a partir del abandono efectivo de las villas en el que el espacio físico de la villa es, en ocasiones, reutilizada por otro tipo de poblamiento y con otro tipo de funcionalidades distintas. Uno de los usos más comunes sería el de espacio cementerial de las comunidades aldeanas altomedievales, como ocurriría, por ejemplo, en la villa de Aguilafuente (Segovia). Por otro lado, uno de los ejemplos más interesantes de este proceso sería el de la villa de Vilauba (Banyoles, Girona), en la que se

documentaron recientemente la construcción de distintas unidades domésticas con estructuras de piedra en los espacios de la antigua villa.

El final de las villas tardoimperiales sería uno de los testimonios más directos de las profundas transformaciones que afectarían a todos los órdenes de las sociedades en la transición entre el tardoimperio y la Primera Alta Edad Media en relación con la desestructuración de la economía imperial romana. El abandono progresivo, pero muy rápido en el tiempo —en menos de dos o tres generaciones—, de las villas tardoimperiales es la consecuencia material de un proceso de gran calado estructural: la crisis definitiva de la gran propiedad latifundiaria romana y, con ella, la crisis de uno de los elementos vertebradores de toda la lógica económica del imperio-mundo romano. Estos procesos serían el final, pues, de una forma de estructurar las relaciones sociales y económicas, que será sucedida por otro marco estructural en el que tendrán que insertarse tanto las élites económicas como las clases subalternas. En este proceso uno de los sujetos principales a los que la arqueología permite dar una voz particularizada es el campesinado.

El campesinado altomedieval como un sujeto con historia

Hasta muy recientemente, el campesinado de la Primera Alta Edad Media era un sujeto sin historia. Si bien existen un significativo número de trabajos clásicos —y excepcionales— que abordan las relaciones sociales entre señores y campesinos durante la Edad Media, como son aquellos de G. Duby o de M. Bloch, estos acababan en último término excesivamente mediados por la visión impuesta por los primeros sobre los segundos a partir de la documentación

28.- Alexandra Chavarría Arnau, *El final de las villae en Hispania (siglos IV-VII d.C.)*, Turnhout, Brepol, 2007.

29.- A. Chavarría extiende más en el tiempo estos procesos de cambio, si bien desde una perspectiva peninsular, «entre mediados del siglo III y a lo largo de los siglos IV y V fundamentalmente»; *Ibid.*

escrita. Es más, dada la manifiesta escasez de documentación para los siglos inmediatamente posteriores a la desintegración del Imperio Romano en Occidente —que tuvo, como consecuencia un descenso de la escritura tanto en términos institucionales como de estatus social^[30]—, los estratos más bajos de la sociedad prácticamente desaparecían de los relatos históricos, vistos desde una perspectiva que podemos calificar como «miserabilista». Tanto el propio campesinado como sus prácticas sociales o sus hábitats eran analizados comúnmente como prolegómeno al mundo feudal y calificado con términos como «protoaldeas», «sociedades móviles e inestables» o «hábitats miserables»^[31]. El campesinado altomedieval se convertía, así, en una de las sociedades sin historia de las que hablaba el antropólogo Eric Wolf.

Sin duda, uno de los grandes avances que ha proporcionado la arqueología en las últimas dos décadas con respecto a los estudios altomedievales ha sido el de proporcionar una ingente cantidad de datos sobre este campesinado así como de metodologías cada vez más densas para analizarlos. Una auténtica arqueología del campesinado altomedieval que, desde el punto de vista del materialismo histórico, puede proporcionar elementos clave no sólo para entender mejor el papel de este grupo social en este período, sino también para profundizar en la propia concepción ontológica del campesinado, así como de realizar una crítica a conceptos como el de modo de producción. En la última década la cantidad de trabajos publicados sobre este tema es sencillamente inabarcable, por lo que aquí únicamente

trazaremos tres elementos de discusión: el surgimiento de la red de aldeas y granjas, la caracterización socio-económica de estos grupos sociales y la propuesta del modo de producción campesino elaborada por C. Wickham.

Una idea que estaba bien asentada en la historiografía es que la aldea medieval surgía en estrecha conexión con el desarrollo de las relaciones feudales^[32]. La sujeción del campesinado a la tierra fue una de las claves del modo de producción feudal y la aldea era su materialización más visible. Estas aldeas eran entendidas como núcleos más o menos concentrados de unidades domésticas con una cierta idea de territorialización y sometidas al poder de algún señor que extraía las rentas de estas comunidades. Esta idea no está completamente errada, y efectivamente, no cabe duda de que uno de los grandes «éxitos» del feudalismo fue la sujeción del campesinado a la tierra, de la que producía aquella renta que sería posteriormente extraída. Lo que no era del todo cierto, y la arqueología está mostrando de forma reiterada en toda Europa occidental, era la caracterización del proceso histórico de este fenómeno. En otras palabras, la arqueología ha permitido historiar con un alto grado de detalle tanto a las propias sociedades campesinas de la Primera Alta Edad Media como a sus hábitats.

Así, el surgimiento de las primeras aldeas post-romanas podría datarse ya en la quinta centuria^[33]. A lo largo de todo el centro peninsular —y, posiblemente, de prácticamente toda la península ibérica— se documentan, en muchas ocasiones estre-

30.- Cf. Chris Wickham, *The inheritance of Rome*, cap. 2.

31.- Ver, por ejemplo Luis A. García Moreno, «El hábitat rural disperso en la Península Ibérica durante la Antigüedad tardía (siglos V-VII)», *Antigüedad y Cristianismo. Arte, sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad Tardía VIII*, (1991), pp. 265-273.

32.- Así se puede encontrar, por ejemplo, en Pierre Bonnassie, *Vocabulario básico de la historia medieval*, Barcelona, Crítica, 1983.

33.- Alfonso Vigil-Escalera, *Los primeros paisajes altomedievales en el interior de Hispania. Registros campesinos del siglo quinto d.C.*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2015.



[Imagen 2] Silos de almacenamiento del sitio de Carratejera, en Segovia (Fuente: Strato S.L.).

chamente vinculadas a las villas tardoimperiales, nuevos tipos de poblamientos no conocidos hasta entonces. Poblamientos basados en la articulación de distintas unidades domésticas materializadas en estructuras construidas, en gran parte, con materiales perecederos y formatos rehundidos, un tipo de estructuras extraña a lo conocido para todo el período romano. Una estructura particularmente interesante que «aparece» en este período son los silos de almacenamiento, estructuras excavadas en el suelo donde, gracias a los análisis de los restos que se localizan en su interior, sabemos se guardaba el excedente productivo de cada unidad doméstica [Imagen 2]^[34].

Este nuevo tipo de poblamiento, que podemos calificar sin problema como una

34.- Alfonso Vigil-Escalera, Giovanna Bianchi, y J.A Quirós Castillo, *Horrea, Barns and silos. Storage and incomes in early medieval Europe*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2013.

aldea, se expande por el territorio a lo largo de las siguientes dos centurias. Para inicios del siglo VII d.n.e. podemos afirmar que gran parte del interior rural de la península ibérica, así como otras zonas bien conocidas arqueológicamente del noroeste peninsular, se articula en torno a una red conectada de granjas y aldeas^[35]. Los datos al respecto son contundentes. En territorios como la cuenca del Duero o la cuenca del Tajo se localiza alguna de estas formas de poblamiento cada 2-4 kilómetros. Algunos de los contextos mejor excavados y conocidos, caso de la aldea de Gózquez (San Martín de la Vega, Madrid), El Pelíca-

35.- La diferenciación entre una aldea y una granja, en términos arqueológicos, viene determinada por la aparición en el registro de una o dos (granja) o más (aldea) unidades domésticas. Cf. Alfonso Vigil-Escalera, «Granjas y aldeas altomedievales al norte de Toledo (450-800 d.C.)». *Archivo Español de Arqueología* 80, (2007), pp. 239-284.

no (Arroyomolinos, Madrid), Can-Gambús (Sabadell, Barcelona), Navalvillar (Colmenar Viejo, Madrid) o La Mata del Palomar (Nieva, Segovia) nos permiten caracterizar estas aldeas a partir de la yuxtaposición de distintas unidades domésticas que ocuparían un terreno propio (una parcela) y en la que los cementerios —no tanto las iglesias, ya que no aparecen de forma significativa en los contextos rurales hasta bien avanzado el siglo VIII o IX d.C.— funcionan como espacios de creación de identidad comunitaria [Imagen 3]^[36]. Aunque los datos son todavía muy escasos, cabe pensar también en la presencia de amplios espacios de aprovechamiento comunal, que posteriormente serían uno de los principales elementos de conflicto entre los señores y las comunidades aldeanas. En otras palabras, es en el período inmediatamente posterior a la desintegración del Imperio Romano de occidente cuando se observa arqueológicamente la emergencia de un nuevo tipo de poblamiento que hegemonizará los paisajes hasta la progresiva implantación de, ahora sí, la aldea feudal nucleada.

Pero la arqueología puede ir mucho más allá. ¿Qué tipo de sociedades vivían en estas aldeas? ¿Cómo eran sus formas de producción y sus relaciones sociales? Si bien los análisis densos son todavía escasos, y además todos ellos apuntan a dinámicas territoriales y locales muy dispares, sí que se puede ofrecer una cierta idea sobre las formas de vida y la economía de estas comunidades. En líneas generales, nos encontramos con sociedades con un desarrollo ciertamente escaso de las fuerzas produc-

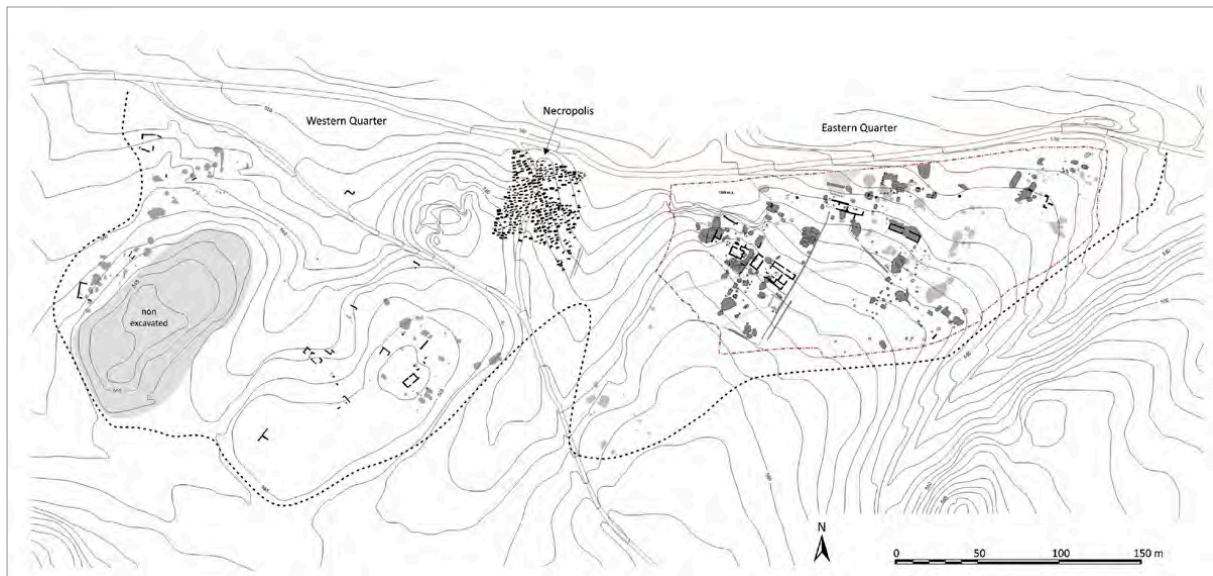
tivas, con herramientas y formas productivas muy localizadas y vinculadas a las específicas condiciones geográficas de cada territorio^[37]. Formas productivas en las que a juzgar por el registro arqueológico —sobre todo, el registro bioarqueológico basado en el estudio de los restos orgánicos de huesos, semillas o pólenes—, predominaría la integración entre una ganadería fundamentalmente estante y una agricultura diversificada^[38]. Esto no es contradictorio con la presencia de algunos registros que mostrarían indicios de una cierta especialización dentro de la diversificación, basada fundamentalmente en las potencialidades económicas microrregionales y la adaptación de estas sociedades al medio ambiente haciendo un uso intensivo de los recursos locales. La norma general muestra la diversificación como estrategia económica, dirigida a combatir la variabilidad y los factores de estrés y riesgo a los que se ven sometidas estructuralmente las economías de tipo campesino, como son la climatología, las rapiñas o las epidemias, y que permitiría no solo producir lo suficiente para la supervivencia sino también para el potencial pago de rentas a agentes externos.

Estos datos chocan de lleno con la tradicional caracterización del modo de producción germánico tal y como desarrollamos al inicio. Ese modelo teórico, basado en las relaciones de parentesco, la propiedad comunal de los medios de producción o la extrema militarización social, no parece encajar con el hecho de que práctica toda la materialidad disponible para analizar las aldeas

36.- Alfonso Vigil-Escalera, y J.A. Quirós Castillo, «Un ensayo de interpretación del registro arqueológico», en J.A. Quirós Castillo (ed.), *El poblamiento rural de época visigoda en Hispania. Arqueología del campesinado en el interior peninsular*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2013 ; Carlos Tejerizo García, *Arqueología de las sociedades campesinas en la cuenca del Duero durante la Primera Alta Edad Media*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2017.

37.- Chris Wickham, «Productive forces and the economic logic of the feudal mode of production». *Historical Materialism* 16, (2008), pp. 3-22.

38.- Alfonso Vigil-Escalera, Marta Moreno García, Leonor Peña-Chocarro, A. Morales Muñiz, L. Llorente Rodríguez, D. Sabato, et al., «Productive strategies and consumption patterns in the Early Medieval village of Gózquez (Madrid, Spain)», *Quaternary International* 346, (2014), pp. 7-19.



[Imagen 3] Planta del yacimiento de Gózquez. Fuente: J. A. Quirós Castillo (ed.), *El poblamiento rural de época visigoda en Hispania. Arqueología del campesinado en el interior peninsular*,

y granjas altomedievales, leída en conjunto, apunta hacia una economía compleja de tipo campesino basada en la unidad doméstica como agente principal de la producción. Ante esta evidencia, autores marxistas como C. Wickham, J. Banaji o J. Haldon han propuesto otras herramientas conceptuales para analizar este período. Bajo mi punto de vista, uno de los más interesantes a la hora de explorar en el futuro sería el modelo del primero en torno al denominado modo de producción campesino^[59]. Partiendo de autores como M. Sahlins, E. Boserup, C. Meillassoux o, indirectamente, de A.V. Chayanov o T. Shanin, el autor británico caracterizaría este modo de producción a través de los siguientes elementos:

- La unidad doméstica sería la unidad básica de producción, caracterizada por un alto nivel de control sobre el proceso económico.
- En estas unidades no se produce más de lo que es necesaria para su reproducción, lo que A.V. Chayanov denominó el balance trabajo-consumo, que implicaría la noción de una lógica

económica lejos de la acumulación de valor en términos capitalistas^[40].

- No existiría una desigualdad institucionalizada y permanente dentro de las aldeas, si bien podría darse dentro de las propias unidades domésticas en, por ejemplo, la distribución de tareas por géneros.
- Las fuerzas productivas tendrían un bajo desarrollo y desalentaría la especialización.

Una caracterización que, evidentemente con matices —como buen modelo teórico—, encaja muy bien con la realidad empírica existente. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que no existan problemas en la conceptualización teórica, que ya han sido brillantemente expuestas por distintos autores^[41]. Sin embargo, en tanto que modelo teórico basado en el materialismo histórico,

40.- A.V. Chayanov. «On the theory of non-capitalist economic system», en Daniel Thorner, Basile Kerblay y R.E.F. Smith (eds.), *The theory of peasant economy*. Manchester, Manchester University Press, 1966, pp. 1-28

41.- Una de las críticas más sofisticadas en Jairus Banaji, *Theory as History: Essays on Modes of Production and Exploitation*, Leiden, Brill, 2010.

39.- C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cap.9.

es especialmente útil para, en primer lugar, confrontar la realidad empírica que se extrae no sólo de la arqueología, sino también de la documentación escrita; y en segundo lugar, generar modelos teóricos complejos sobre un período difícil de encajar en moldes excesivamente rígidos. En este sentido, unas de las cuestiones más importantes es la del encaje de las élites sociales así como del papel del Estado en la reproducción de los sistemas de dominación propios del período.

El problema del Estado

La cuestión del origen y carácter del Estado ha sido uno de los temas centrales dentro del materialismo histórico. La vinculación entre el surgimiento del Estado y el nacimiento de la propiedad privada fue el eje central de la discusión de Engels en *El Origen de la familia...* generando con ella una de las líneas de trabajo más fructíferas y estimulantes en los estudios marxistas. Sin embargo, estas líneas se han vinculado fundamentalmente a la caracterización y estudio del Estado en el capitalismo, siendo muy escasas las investigaciones que abordaban la cuestión de los Estados precapitalistas en términos teóricos. Entre ellas, quizá una de las más elaboradas es la de G. Therborn, dentro del denominado marxismo analítico, en torno a la comparación de las formas de dominación —incluido el Estado—, en su trabajo *¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el socialismo y el capitalismo*. Therborn sugería en este trabajo que los marxistas han hecho «siempre caso omiso del carácter de clase del aparato del Estado», proponiendo un modelo que «no debe partir de la problemática funcionalista del papel del Estado en la reproducción del capital, sino de las relaciones entre las clases antagónicas, según las determinan las

fuerzas y relaciones de producción»^[42].

Sin embargo, la elaboración teórica sobre el Estado apenas ha sido desarrollada para la Primera Alta Edad Media. Dentro del paradigma del «modo de producción germánico» y sus derivados, se entendía que en este período predominaban las relaciones de tipo personal en el ámbito de lo político, por lo que el Estado, o era una institución nominal, o simplemente carecía de relevancia a la hora de reproducir las formas de dominación y de explotación, exclusivamente vinculadas a las relaciones señor-campesino. De nuevo, hay que mencionar la existencia de algunas notables excepciones, como sería el mencionado trabajo de John Haldon, *The state and the tributary mode of production*, en el que sugería el uso del concepto de modo de producción tributario para caracterizar las formas de dominación previas al capitalismo, desafiando con ello el propio concepto de feudalismo. Por su parte, C. Wickham en su *Framing...* proponía la caracterización del Estado a partir de su capacidad de extracción de impuestos, diferenciando con ello «Estados débiles» y «Estados fuertes». En cualquier caso, queda claro que todavía existe un amplio campo de estudio dentro del marxismo para desarrollar la cuestión del Estado tanto en la Primera Alta Edad Media como, más general, en términos conceptuales.

Para ello, junto con Á. Carvajal, considero que una estimulante vía de trabajo podría ser el análisis del Estado altomedieval a partir de las consideraciones teóricas hechas por N. Poulantzas y la reelaboración del sociólogo británico B. Jessop^[43]. Así, la

42.- Göran Therborn, *¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el socialismo y el capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979. p.30.

43.- Estas consideraciones están basadas en la comunicación «Teorizar el Estado en las sociedades precapitalistas: una aproximación desde el marxismo a las sociedades altomedievales» presentada en el Congreso

historiografía altomedieval ha abordado la cuestión del Estado –de manera explícita o implícita– bien como un elemento dado, bien como el resultado de un proceso necesario de complejización política. Frente a estas propuestas, situar el problema de la reproducción del Estado en el centro del análisis permite desnaturalizar los procesos históricos que dieron lugar a la conformación de los Estados altomedievales y atender a los condicionantes e iniciativas que en cada momento determinaron su desarrollo, lo que más arriba se categorizó como la «necesidad contingente». El segundo de esos elementos se corresponde con la noción de que el Estado, como el capital, es una relación social. Dicho en otras palabras, N. Poulantzas caracteriza al Estado como una condensación material de las relaciones de clase y de las contradicciones de una determinada formación social^[44]. Esta propuesta de N. Poulantzas fue particularmente desarrollada por Bob Jessop, quien desde los años ochenta ha elaborado lo que ha dado en llamar la Aproximación Estratégica-Relacional (SRA) al estudio del Estado capitalista^[45]. De forma muy sintética, esta propuesta se definiría a partir de los siguientes elementos:

- Como otros autores marxistas, el SRA llama a situar histórica y socialmente el estudio del Estado.
- Sitúa en el centro del análisis la dialéctica de las relaciones entre los distintos grupos sociales así como de su materialización institucional; en lo

que respecta al estudio de la Alta Edad Media, esto nos obliga a considerar las relaciones entre las distintas facciones de los grupos dominantes y entre estas y los grupos subalternos.

- Llama a considerar las iniciativas concretas detrás de los procesos de articulación de esos marcos institucionales.
- Propone una aproximación a los marcos institucionales desde sus efectos y no desde sus presupuestos como vía para desvelar su orientación estratégica y su contribución a la reproducción de las relaciones de dominación.
- Esto último permite un análisis dinámico del Estado como recurso político lejos de una visión puramente instrumental, al tiempo que llama a considerar de qué manera se integraba como parte del horizonte de expectativas y condicionaba la acción de distintos grupos sociales.

Bajo este marco teórico es posible abordar de forma compleja la cuestión del Estado altomedieval así como realizar lecturas mucho más sutiles y en clave materialista del registro arqueológico. Aquí únicamente expondremos un ejemplo concreto, en relación al análisis arqueológico de las llamadas «necrópolis visigodas» como reflejo de la acción del Estado —o mejor dicho, de los grupos dominantes que controlaban el poder estatal— y la articulación con respecto a las comunidades locales. Estas necrópolis, datadas entre los siglos VI y VIII d.n.e. y caracterizadas por la presencia de objetos calificados como «germánicos», como broches de cinturón o fíbulas para la sujeción de la ropa, han sido tradicionalmente relacionadas con las invasiones germánicas que siguieron a la caída del Imperio Romano [Imagen 4]^[46]. Es decir, estos objetos eran

Internacional «Karl Marx (1818-2018): Crítica de la Economía Política» celebrado en Bilbao entre el 1 y el 3 de marzo de 2018 así como en el libro Álvaro Carvajal Castro, *Bajo la máscara del regnum. La monarquía asturleonense en León (854-1037)*, Madrid, CSIC, 2017.

44.- Nicos Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, México D.F., Siglo XXI, 1979.

45.- Bob Jessop, *State power. A strategic-Relational Approach*, Cambridge, Polity Press, 2007.

46.- Jorge López Quiroga, *Arqueología del mundo funerario*

la muestra de grupos de gentes procedentes de Germania que, en un consciente y voluntario intento de defensa de su identidad étnica, transportaron estos objetos por todo el occidente europeo.

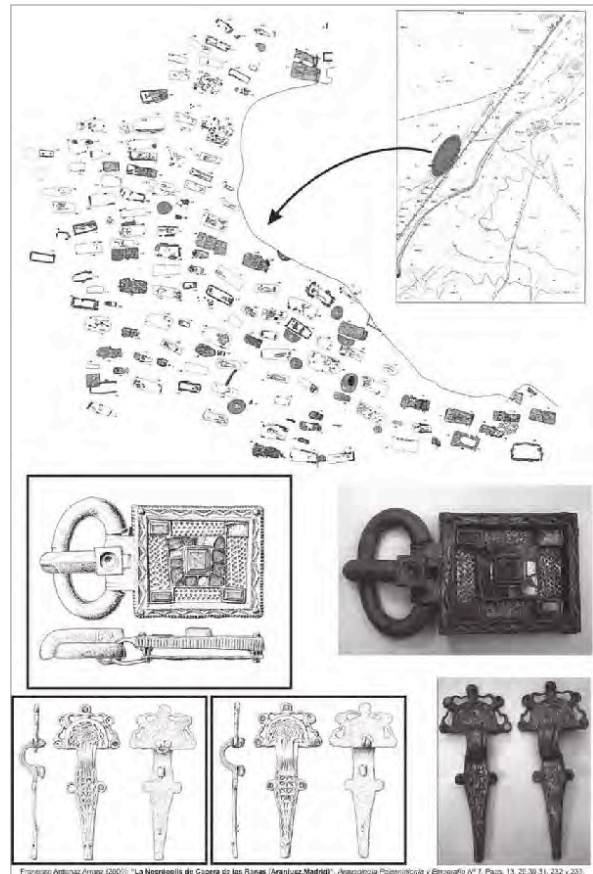
Sin embargo, los recientes avances arqueológicos han permitido vincular gran parte de estas necrópolis con contextos fundamentalmente aldeanos^[47]. Dicho de otra manera, parece que fueron campesinos quienes fueron enterrados con estos objetos. Objetos que contrastan fuertemente con el resto de la cultura material, como es la cerámica, la arquitectura doméstica o las herramientas de trabajo, caracterizados por cadenas tecnológicas mucho más sencillas. Más aún, estos objetos parecen únicamente representar a un reducido grupo de individuos dentro del ritual de la comunidad aldeana.

Por ejemplo, en la necrópolis del yacimiento de Gózquez, con un número total de 356 enterramientos, estos objetos se localizan únicamente en el 3,3% de las tumbas. Más aún, análisis de tipo químico y de procedencia han demostrado que estos objetos, fabricados en talleres muy especializados del sur peninsular y no tanto de Germania, recorren unas distancias muy grandes antes de ser amortizados como elementos funerarios, mientras que los objetos de uso común, como la cerámica o los alimentos, tienen unos recorridos normalmente de tipo local. Es fundamental, por lo tanto, entender la escala y espacialidad de los procesos analizados^[48]; los contextos de

en la Península Ibérica, Madrid, La Ergástula, 2010.

47.- Carlos Tejerizo García, «Etnicidad, identidad y poder en la meseta norte durante la Edad Media: reflexiones desde la Arqueología», en Juan Antonio Quirós Castillo y Santiago Castellanos (eds.), *Identidad y etnicidad en Hispania. Propuestas teóricas y cultura material en los siglos V-VIII*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2015, pp. 221-238.

48.- Julio Escalona Monge, «The Early Middle Ages: a scale-based approach», en Julio Escalona Monge y Andrew Reynolds (eds.), *Scale and scale change in the Early Middle*



[Imagen 4] Necrópolis de Cacer de las Ranas, Aranjuez (Fuente: *Zona Arqueológica, 8: La investigación arqueológica de la época visigoda en la comunidad de Madrid.*, 2006).

significación de los objetos para su correcta interpretación.

De esta manera, nuestra propuesta se articularía en torno a contextos en el que unos personajes concretos serían capaces de acumular objetos de prestigio en términos de capital económico y simbólico. Objetos extraños a los contextos en los que son utilizados —las aldeas anteriormente descritas— y que significarían política y socialmente a sus portadores en las ceremonias de enterramiento. La hipótesis desde un análisis estratégico-relacional es que estos objetos agenciarían a ciertos personajes vinculados con las escalas supraloca-

Ages. Exploring landscape, local society, and the world beyond. Turnhout, Brepols, 2011, pp. 9-30.

les de poder, como es el Estado visigodo, en un contexto de desarrollo de sus aparatos durante la sexta y séptima centuria, para legitimar su posición dentro de la comunidad aldeana a través de un intercambio y amortización de objeto de prestigio. Se trataría, por tanto, de un proceso, similar al descrito como el «don» de M. Mauss dentro de una economía sustantiva que persigue atar simbólica y políticamente a las comunidades aldeanas con los poderes supralocales dentro de una ideología y simbología de tipo «germánico» asociado al Estado visigodo. Una propuesta hipotética que no solo permite entender mejor el registro arqueológico, sino vincularlo con unas formas de producción y de reproducción específicas del momento histórico así como el papel que el Estado y sus aparatos jugaban a la hora de mantener las pautas de dominación.

Por una mirada materialista de la Primera Alta Edad Media

Comenzaba este texto con una llamada de atención sobre un cierto olvido de la reflexión teórica marxista sobre el período que se desarrolla entre el desmantelamiento del Imperio Romano de Occidente y la progresiva implantación de las relaciones sociales que caracterizaron al feudalismo. Un olvido que, en cierta medida, alimentó una subalternidad que lo transformó en un período bisagra entre lo que estaba por morir (el mundo antiguo) y lo que estaba por nacer (el mundo feudal). Visiones e interpretaciones de corte idealista llenaron este vacío, y que hicieron de distintos elementos causales —sea la etnicidad, la síntesis cultural romano-germánica o el cristianismo— los *deus ex machina* de un período injustamente calificado de «edad oscura». En el fondo de esta edad oscura, y como bien apuntó C. Wickham, se encuentra otra interpretación elitista e idealista. Así, esta denominación

vendría determinada por una escasez de textos escritos como re-presentación de las élites del momento y, en consecuencia, de la propia Historia^[49]. Si no hay élites que escriban, no hay registro escrito. Si no hay registro escrito, no hay reflejo de las élites. Si no hay ni uno ni otro, no hay Historia, o esta se transforma en oscura.

Desde un materialismo histórico de corte evolucionista y estructuralista se trató de llenar este hueco en el análisis aplicando algunas categorías, en ocasiones de forma muy mecanicista y *ad hoc*, como fueron la de «modo de producción germánico» y sus derivados. Sin embargo, estas categorías se han mostrado cada vez menos útiles a la hora de interpretar y explicar históricamente una realidad empírica cada vez más abultada. En este proceso historiográfico ha sido determinante la progresiva aportación de la arqueología como auténtico renovador de los estudios sobre la Primera Alta Edad Media. Como hemos tratado de evidenciar a lo largo del trabajo, desde este tipo de categorías se hace muy difícil interpretar correctamente, por ejemplo, el desmantelamiento del sistema latifundiaro tardorromano, la emergencia del campesinado post-romano o el papel del Estado en cuanto relación social que posibilita la reproducción del modo de producción. Los datos cada vez encajaban menos en una teoría cerrada y simplificadora, por lo que, en la línea de E.P. Thompson, era necesario revisar la teoría^[50].

49.- Chris Wickham, *Framing the Early Middle Ages...*

50.- «La investigación de la historia como proceso, como acaecimiento o «desorden racional», implica nociones de causación, de contradicción, de mediación y de organización sistemática de la vida social, política, económica e intelectual. Estas nociones elaboradas «pertenece» a la teoría histórica, sufren un proceso de refinamiento mediante los procedimientos de esta teoría y son pensadas en el pensamiento... Cada noción, o concepto, surge de compromisos empíricos, y por muy abstractos que sean los procedimientos de su interrogación de sí

En este trabajo hemos defendido que una posición materialista es no solo útil sino necesaria para la correcta interpretación de fenómenos tan complejos como la desarticulación de la lógica económica romana o la caracterización del campesinado post-romano. Así, y tomando como ejemplos algunos de los principales debates actuales dentro de la historiografía de la Primera Alta Edad Media, se ha tratado de ofrecer algunas reflexiones sobre cómo el materialismo permite penetrar en el registro empírico de forma que cuestiones como las formas de dominación, la confrontación social o las bases materiales de este momento histórico cobren un sentido estructural, pero a la vez contingente. Bajo la idea de la necesidad contingente anteriormente expuesta, lo que se abre es una perspectiva compleja que requiere huir de planteamientos lineales y unidireccionales.

Como se comentaba al principio, una mirada compleja desde el materialismo histórico sobre la Primera Alta Edad Media permite también una revalorización del propio período, en ocasiones injustamente denostado. Así, este período nos permite establecer un «laboratorio histórico» para cuestiones de gran actualidad, como es la cuestión del desmantelamiento y el papel del Estado o la constitución de las sociedades campesinas. Del mismo modo, nos permite revisar algunos conceptos clásicos del marxismo.

misma, debe ser llevada de nuevo a confrontación con las propiedades dadas de los datos empíricos, y ha de asumir su defensa ante jueces atentos del «tribunal de apelación» de la historia. Una vez más, se trata de una cuestión de diálogo, en el sentido más crítico. En el sentido de que una tesis (el concepto, o hipótesis) es puesta en relación con su antítesis (conocimiento histórico), lo cual puede llamarse la dialéctica del conocimiento histórico»; Edward P. Thompson, *Miseria de la Teoría*, Barcelona, Crítica, 1981. p.74.

Por ejemplo, una lectura atenta del proceso de desintegración del Imperio Romano de Occidente permite una aportación de gran interés sobre el concepto de modo de producción, en la estela, por ejemplo, de los trabajos de J. Banaji. Así, desde las «abstracciones formales» que suponen categorías como el «modo de producción germánico» aplicadas de forma rígida, se trataría de la construcción en clave histórica de las «trayectorias complejas» que toman las formas de producción y dominación en cada momento histórico. En este sentido, el modo de producción campesino tal y como se ha desarrollado es una vía —quizá no exclusiva— muy estimulante de aproximación al mundo rural de este período. Otro ejemplo de cómo un análisis materialista de la Primera Alta Edad Media puede aportar al debate teórico es la cuestión del Estado. Así, frente a las visiones reduccionistas que entienden el Estado como una creación moderna, se trataría de entender las formas concretas y las bases materiales en las que el poder estatal se impone, se hace legible^[51] y permite la reproducción del sistema^[52]. En definitiva, se trataría de generar categorías y aproximaciones útiles que nos permitan realizar el ejercicio de distanciamiento con respecto al pasado de los vencedores del que hablaba Walter Benjamin y pasar así «a la historia el cepillo a contrapelo» de forma que podamos, al mismo tiempo, interpretar el pasado y entender mejor el presente^[53].

51.– James C. Scott, *Seeing like a state: how certain schemes to improve the human condition have failed*, New Haven, Yale University Press, 1998.

52.– Clyde W. Barrow, *Critical Theories of the State: Marxist, Neomarxist, Postmarxist*, Madison, University of Wisconsin Press, 1993.

53.– Walter Benjamin, *Iluminaciones*, Taurus, Madrid, 2018.